

China: los límites de la reforma

Carlos Pérez-Desoy

La muerte de Mao el 9 de septiembre de 1976 puso fin al período más turbulento de la historia de la República Popular China desde su fundación, en 1949, proyectando oscuros presagios sobre el incierto futuro del país. La detención de la *Banda de los Cuatro*, acusada de preparar un golpe de Estado, ha sido asumida por la historiografía oficial del Partido Comunista Chino (PCCh) como el último acto de la Revolución Cultural, que asoló el país desde 1966, y cuya auténtica dimensión fue sin duda incorrectamente percibida en Occidente¹. La Revolución Cultural fue en realidad una verdadera guerra civil que dejó al país exhausto, y al partido dividido en dos facciones enfrentadas. En palabras de Simón Leys, “la Revolución Cultural, que no tuvo de revolucionaria sino el nombre, y sólo de cultural el pretexto inicial, fue en realidad una lucha por el poder entre un puñado de dirigentes, detrás de la cortina de humo de un falso movimiento de masas”. En la práctica, no fue otra cosa que un audaz golpe de mano, planeado por Mao y sus leales con objeto de recuperar el poder, del que había sido apartado en 1958, como consecuencia de los errores cometidos durante el Gran Salto Adelante.

A la muerte de Mao, el país estaba extenuado y el partido dividido en dos facciones violentamente enfrentadas. La imposición sobre la estructura productiva del país –que había quedado arruinada como consecuencia de las terribles campañas “contra el liberalismo burgués”– de la utopía autárquica defendida por Mao y la *Banda de los Cuatro*, había precipitado la pauperización de una China rural, todavía convaleciente del Gran Salto Adelante, a consecuencia del cual, no hay que olvidarlo, treinta millones de personas habían muerto de hambre. En diciembre de 1978, tras una enconada batalla librada con ocasión del tercer pleno del XI Comité Central, la facción encabezada por Deng Xiaoping se hacía con el poder, después de derrotar a Hua Guofeng, el oscuro dirigente impuesto por Mao como sucesor de compromiso entre las dos facciones². Era la tercera resurrección política del veterano dirigente, purgado en dos ocasiones anteriores por Mao, quien nunca perdonaría la política revisionista desarrollada por Deng desde la secretaría general del partido, tras la forzada retirada del Gran Timonel en 1958.

En este contexto de extrema crispación política y ante la agónica situación económica del país, la nueva cúpula dirigente del PCCh inaugura

Carlos Pérez-Desoy, diplomático, es licenciado en Derecho y Filosofía Pura.

una etapa que, desde el punto de vista de la estabilidad y del desarrollo económico, constituye sin duda el período más floreciente no sólo de la historia de la República Popular, sino también muy probablemente de los últimos doscientos años; un período que desde el primer momento quedó marcado por el concepto emblemático de “reforma”.

La reforma como solución a la estabilidad del régimen

La reforma encuentra su fundamento en un elemento teórico acuñado por Deng, cuya consistencia intelectual es –al igual que sucede con la mayoría de la producción teórica del PCCh– escasa. Se trata de los *Cuatro Principios*, cuya simplicidad y contundencia no dejan demasiados resquicios a la especulación: afianzamiento de la vía socialista; marxismo-leninismo y pensamiento Mao Zedong; dictadura del proletariado; y monopolio del poder del Partido Comunista. Desde el comienzo del período reformista en 1979 hasta la actualidad, pasando por los momentos de euforia igualmente reformista del XIII Congreso, los cuatro principios han sido una y otra vez inequívocamente reiterados por Deng y por los principales órganos del partido, convirtiéndose en el elemento ideológico más sólido del régimen³.

Sin embargo, y a pesar de la firmeza con que desde su acceso al poder Deng Xiaoping ha reiterado una y otra vez la vigencia de los cuatro principios⁴, una parte de la prensa y de los analistas ignoraron o menospreciaron la importancia de esta formulación, inclinándose a considerar las constantes apelaciones a los cuatro principios como una mera concesión retórica a la liturgia. Lamentablemente, los acontecimientos de Tiananmen demostrarían de manera dramática el error de esta interpretación. El origen de este equívoco radica con toda probabilidad en la perversión del concepto de ortodoxia, históricamente utilizado no tanto como elemento de orientación ideológica, sino como verdadera arma arrojadiza contra el adversario en el seno de un partido (el PCCh) aquejado de un faccionalismo endémico, que ha envenenado la convivencia partidaria, contribuyendo enormemente al cultivo del maximalismo y a la ausencia de reflexión teórica.

Esta línea de pensamiento –que paradójicamente se complementa muy bien con la tradición oriental de enmascarar deliberadamente las opiniones bajo nombres y situaciones alegóricas– ha provocado la aparición de una verdadera tradición hermenéutica entre los analistas de la política china, dedicada a expurgar las claves ocultas bajo los rígidos textos y declaraciones de los dirigentes chinos. De esta manera, algunos creyeron ver veladas promesas de democracia en algunas de las más crípticas intervenciones de Deng Xiaoping, como la célebre máxima “no importa que el gato sea blanco o negro, sino que caze ratones”, y en la que muchos quisieron entender una hermética apelación a la superación de los cuatro principios. Esta confusión fue mantenida y alimentada

principalmente a partir del XIII Congreso del PCCh celebrado en 1987, hasta que los trágicos sucesos de la noche del 4 de junio de 1989 se encargaron de disipar cualquier duda que todavía pudiese abrigarse respecto de la correcta interpretación de los cuatro principios.

En realidad, estos cuatro principios pueden reducirse esencialmente a uno sólo: el mantenimiento del monopolio de poder del PCCh. Su defensa determina y condiciona en gran medida la futura evolución de la reforma, no sólo en el terreno político, sino también en el ámbito social y económico. La comprensión de este hecho es de capital importancia para entender muchas de las claves del proceso de transformación económica, en la medida en que ofrece una pauta muy significativa respecto a la orientación que pueda tomar la evolución futura del régimen.

Es preciso dejar claro por tanto que, desde el primer momento, la reforma auspiciada por Deng quedó definida en términos estrictamente económicos sin que en ningún momento se plantease en absoluto una eventual reforma política del sistema, y mucho menos su democratización, objetivo absolutamente impensable en el rígido marco definido por los cuatro principios⁵. El primer esbozo de la reforma se articulaba por medio de un vasto programa bautizado como “las cuatro modernizaciones” (agrícola, industrial, científica y militar), con el objetivo de cuadruplicar la renta *per cápita* para el año 2000! Parece razonable suponer que este amplio programa reformista respondía, lejos de cualquier veleidad filantrópica, a la evidencia de la pauperización del país –300 dólares de renta *per cápita* en 1976–, y al convencimiento alcanzado por la cúpula del PCCh de que la única posibilidad de evitar un estallido social pasaba por promover el desarrollo económico.

Sin duda, el sector que ha experimentado mayores cambios desde que se puso en marcha la reforma es la agricultura, cuya transformación quedaba convertida –por el peso de los 800 millones de campesinos– en un delicado ejercicio de ingeniería social y política. En 1978, la situación del campo era calamitosa. Desde la catastrófica experiencia del Gran Salto Adelante, la agricultura se había sumido en un estado de postración que se había mantenido intacto durante veinte años, hasta el punto de hacer precisa la importación de grandes cantidades de cereales. Desde mucho antes, existía coincidencia en señalar la colectivización como el principal obstáculo para la revigorización de la economía rural. La radicalización ideológica de la Revolución Cultural, y la presencia de Mao, habían impedido hasta entonces la puesta en marcha de una reforma que aparecía ahora como inaplazable e inevitable. La conferencia del partido de 1978 adoptó decisiones drásticas al respecto, arrumbando definitivamente la quimera colectivista impuesta por Mao. No podía ser de otro modo, teniendo en cuenta que después de forzar la retirada de Mao como consecuencia de la catastrófica experiencia del Gran Salto Adelante, fue precisamente Deng, desde la secretaría general, el encargado de rectificar los excesos cometidos durante aquel período. La más conocida de las decisiones adoptadas fue el llamado “sistema de responsabilidad”. Bajo esta fórmula eufemística fue ejecutado un vasto

plan de transformación por el que quedaron abolidas las comunas, para permitir el acceso del campesinado a la propiedad directa de la tierra por medio de un sistema de arriendo.

Esta estructura se completaba con un mecanismo de cuotas, que pronto permitió multiplicar espectacularmente la producción. El éxito de esta política aceleró su implantación, de forma que en 1984 el 98 por cien de la superficie cultivable había sido distribuida de acuerdo con el nuevo sistema. Los principales resultados de la reforma agraria han sido dos: el incremento de la producción y la creación de una base social de 800 millones de campesinos adictos a la reforma. Durante los años posteriores, esta política se ha ido perfeccionando y consolidando, hasta convertirse en uno de los pilares de la reforma, y con toda probabilidad en la piedra angular de la estabilidad del sistema. Existe un dato altamente revelador a este respecto: la ausencia absoluta de protestas durante los acontecimientos de junio de 1989, tanto en el campo como en las Zonas Económicas Especiales –principales beneficiarios de la política de reforma– pone de manifiesto el grado de permeabilidad a la reforma de las nuevas clases emergentes, constituidas en la argamasa social que garantiza la cohesión del régimen, ofreciendo una sólida base sobre la que asentar la política de transformación.

Por lo que se refiere a la industria, la reforma se apoyó desde el principio en la llamada “apertura al exterior”, concepto deliberadamente equívoco bajo el que se escondía un vasto plan para atraer capital extranjero. Con ello se trataba de lograr una espectacular acumulación de capital que permitiese el relanzamiento de la industria. De acuerdo con este objetivo, se adoptaron una serie de medidas de excepcional importancia, como la reforma del sistema de gestión, por medio de la profesionalización de los cuadros ejecutivos; la rápida creación de una infraestructura que permitiese el desarrollo del capitalismo industrial –en especial las Zonas Económicas Especiales y posteriormente las bolsas de valores–; y, en última instancia, el desarrollo de un paquete legislativo que permitiese la implantación de empresas mixtas. Esta política ha conseguido atraer a China ingentes cantidades de capital extranjero, proporcionando una sólida base financiera sobre la cual edificar una estructura industrial que permita cumplir el objetivo de cuadruplicar el PIB a finales de siglo.

El éxito de la reforma en China es más que evidente, habiendo arrojado durante los últimos años una tasa de crecimiento sostenido superior al 10 por cien; sin embargo, esta espectacular transformación se ha producido a costa de someter a la sociedad china a un colosal proceso de cambios, no exento de tensiones. El desarrollo y consolidación durante los próximos años de la llamada economía socialista de mercado planteará, sin duda, retos insospechados a la cúpula dirigente del PCCh que, aunque temerosa de las consecuencias que en el terreno político pueda tener la reforma, se encuentra sin embargo prisionera de su propio éxito, incapaz, aunque quisiera, de frenar una espiral de crecimiento que en ocasiones parece incluso fuera de todo control. Existe un interrogante

que se proyecta sobre el futuro inmediato con mas fuerza si cabe que el que se deriva de la fatalidad biológica: ¿es posible, como afirman muchos, que la profundización de la reforma conduzca a China hacia la verdadera democracia o, por el contrario, cabe sospechar que existe alguna frontera cuyos lindes el PCCh no está dispuesto a rebasar?

Del XIII Congreso a Tiananmen, la lucha por el poder

La profunda alteración de la estructura económica del sistema ha provocado importantes tensiones. Las más relevantes se han producido en el mecanismo de distribución y en el sistema de precios que, tradicionalmente subvencionado, se constituyó en el principal obstáculo para el correcto funcionamiento del mercado. Fue precisamente el sistema de precios el que, de alguna manera, provocó el principal momento de tensión de la larga década reformista.

El XIII Congreso del PCCh, celebrado en 1987, representa el momento de máxima influencia de Deng Xiaoping en el seno del partido. Desde el punto de vista teórico, el XIII Congreso supone la aceptación formal y definitiva de las tesis reformistas de Deng por parte del sector más recalcitrante del partido⁶. El resultado más espectacular fue la decisión de acometer la reforma del sistema de precios, que hasta entonces había encontrado fuerte resistencia en el sector capitaneado por el veterano economista Chen Yun. El XIII Congreso marca también el momento cumbre de Zhao Ziyang, cuya "estrella comenzará a declinar a partir de ese momento.

La manifiesta incapacidad de Zhao y su equipo de reformistas para hacer alanzar la reforma del sistema de precios –cuya consecuencia última debía ser la implantación de un mercado libre de tipo occidental– provocó fuertes tensiones en un sistema económico recalentado, que en los primeros meses de 1989 llegó a alcanzar una inflación de dos dígitos. Esta circunstancia propició la reacción del sector conservador, que aprovechó la situación para tratar de recuperar el terreno perdido. Ante la evidencia de la catastrófica gestión económica desarrollada por Zhao y su equipo, Deng no tuvo mas remedio que aceptar las presiones de la vieja guardia y limitar las responsabilidades económicas de su protegido. Este enfrentamiento larvado entre las dos facciones del partido coincidió accidentalmente con la muerte del anterior secretario general, Hu Yaobang. El posterior intento del sector liberal de Zhao por capitalizar esta circunstancia en su favor –instigando según los conservadores las protestas estudiantiles– hizo cristalizar el antagonismo entre los dos bandos en una enconada batalla por el poder, cuya manifestación más aparente –aunque probablemente menos relevante de lo que parecía– fueron los acontecimientos de Tiananmen. El cierre de la crisis es bien conocido, aunque tal vez incorrectamente interpretado: la facción conservadora forzó ante Deng Xiaoping la defenestración de Zhao Ziyang,

culpado –seguramente con bastante razón– de provocar el conflicto, para tratar de reforzar su precaria posición en la cúpula del poder.

Paradójicamente, dos años después de la tragedia, la historia ha dado la razón al sector más duro del PCCh, que salió fuertemente reforzado de aquel episodio. De no haber actuado con la contundencia con la que los conservadores reaccionaron el 4 de junio, es muy posible que la querella se hubiese saldado sin vencedores ni vencidos, manteniendo enquistado el enfrentamiento en la cúpula del partido e incrementando la inestabilidad y la vulnerabilidad del sistema. A tenor del vertiginoso ciclo que se inició ese verano con la crisis de los refugiados de la República Democrática Alemana, y que terminó con la caída de Ceaușescu en diciembre, es dudoso que el régimen chino, sin contar con el efecto disuasorio que representó la expeditiva actuación del ejército el 4 de junio, aquejado de una profunda división en la cúpula, y debilitado por el aislamiento internacional, hubiese sido capaz de mantenerse al margen de un eventual efecto dominó provocado por la caída del comunismo en Europa del Este.

En cualquier caso, junio de 1989 marca un punto de inflexión, a partir del cual la facción conservadora refuerza sensiblemente sus posiciones en la cúpula del poder. Después de este resultado, era lógico esperar un viraje hacia posiciones políticas más conservadoras. Cuatro años después, puede afirmarse que este giro no se ha producido; el único resultado apreciable fue la purga limitada impuesta a Deng en la persona de Zhao y sus más inmediatos colaboradores, sin que puedan observarse diferencias significativas en el terreno político ni económico. Incluso la recuperación de la retórica antiliberal, que ha caracterizado las campañas de propaganda de los últimos tiempos, no puede ser interpretada como crítica a un modelo económico –que en realidad se ha visto reforzado–, sino más bien como un ataque en clave partidista, dirigido contra la llamada facción liberal del partido.

Durante este tiempo se ha llevado a cabo un plan de estabilización que ha logrado reconducir los principales indicadores económicos –singularmente la inflación⁷–, que durante la época de Zhao habían escapado a todo control; se han aprobado nuevas medidas para promover la inversión extranjera, ampliando las ventajas y beneficios fiscales a las empresas y, finalmente, se ha impulsado el sistema de las Zonas Económicas Especiales –islas de capitalismo, y verdadero motor del milagro económico chino de los últimos diez años–, por cuya suerte se temía⁸.

Es especialmente significativo constatar cómo las dos medidas de mayor contenido emblemático en el camino para facilitar el desarrollo del capitalismo en China (la supresión de la cláusula que limitaba la participación de capital extranjero en las empresas mixtas al 49 por cien, y la creación de la ZEE de Pudong en Shanghai) han sido adoptadas después de los acontecimientos de Tiananmen, en el momento de máximo apogeo teórico de la facción supuestamente conservadora y antirreformista. Estas medidas revelan la verdadera dimensión del pragmatismo ideológico de la reforma, según la cual el desarrollo económico, y en última instancia la

supervivencia del sistema, priman por encima de cualquier consideración de tipo ideológico, configurando en la práctica un modelo político-económico que ha sido acertadamente definido como *leninismo de mercado*⁹. No hay que olvidar que, como ya se ha dicho, los conceptos de ortodoxia y heterodoxia han venido definidos desde 1949 en el seno del PCCh, no tanto en términos ideológicos como de poder. De esta forma, la doctrina política defendida por el grupo que en cada momento ha logrado hacerse con el control del partido y del Estado, ha quedado tradicionalmente investida de la virtud de ortodoxia, anatematizando alternativamente las posiciones rivales con las etiquetas de derechista o izquierdista, según convenga. En realidad, como ya se ha apuntado, la plaza de Tiananmen no fue otra cosa que el macabro tablero sobre el que las dos facciones del partido jugaron, aquel verano de 1989, una compleja partida de ajedrez, en la que las cuestiones ideológicas enmascaraban el verdadero objetivo: la lucha por el poder.

Para lograr el objetivo de cuaduplicar la renta *per cápita* en el año 2000, definido por Deng en 1979 ante la catastrófica situación económica del país, habría sido necesario un colosal proceso de acumulación de capital que la azarosa historia de la República Popular no había sido capaz de generar. Ante la disyuntiva de prolongar una situación de estancamiento que amenazaba con poner en peligro la misma supervivencia del sistema, el PCCh optó por abrir el país a la inversión extranjera, única fuente capaz de aportar la formidable cantidad de divisas necesarias para impulsar el desarrollo económico de China. La raíz última de esta decisión, lejos de toda filantropía, radica en la preservación del propio sistema y, en última instancia, del monopolio del poder del PCCh, articulado en torno a los prosaicos intereses de una casta dirigente formada por 49 millones de miembros. Este planteamiento que continúa vigente marca el verdadero límite de la reforma, cualquiera que sea el desarrollo de los acontecimientos tras la muerte de Deng. Es preciso recordar que en el seno del PCCh nadie –ni siquiera la facción *soi disant* liberal de Zhao Ziyang– ha defendido en ningún momento la abolición de este dogma.

Por otra parte, este razonamiento ha determinado además una de las características más significativas del sistema de economía de mercado chino: la preeminencia absoluta de las empresas de capital mixto sobre el sector privado autóctono, confinado a sectores marginales –tan marginales como los puestos de comida callejeros, o los modestos talleres de reparación de bicicletas–, y sometido a estrictos controles para evitar su crecimiento¹⁰. Como era de esperar, una de las consecuencias más importantes de la reforma ha sido la aparición de una pequeña pseudo-burguesía, nacida del enriquecimiento generado tanto por la reforma agraria como por el florecimiento del pequeño negocio urbano, fundamentalmente de tipo comercial. Sorprendentemente, el PCCh al mismo tiempo que impulsaba la reforma ha tratado por todos los medios de impedir el crecimiento de este sector, mediante todo tipo de trabas y controles. Este intento de abortar la aparición de una clase capitalista

genuinamente china ha provocado –entre otras disfunciones– el florecimiento de un “capitalismo sumergido”, nacido al amparo de la corrupción, el contrabando y el mercado negro, cuyas virtudes son, como puede comprenderse, escasas¹¹. Esta aparente paradoja revela una razón profunda que constituye el verdadero nudo gordiano de la reforma: en su momento –y forzado por las circunstancias– el partido pudo admitir como un mal necesario la conveniencia de abrir el país al capital extranjero, pero jamás consentirá la aparición de una clase capitalista autóctona, que un día pueda sentirse suficientemente fuerte como para amenazar el monopolio del poder del PCCh.

La alianza contra natura del PCCh, y la defensa del monopolio del poder

A este respecto, existe un dato significativo cuyas implicaciones no han sido suficientemente estudiadas; casi el 85 por cien de la inversión extranjera registrada en China durante la década reformista procede de los llamados “chinos de ultramar”, singularmente de Hong Kong y Taiwan¹², a cuyos inversores se han abierto las provincias limítrofes de Cantón y Fujian, respectivamente, transformadas en pocos años en verdaderos portaaviones industriales y financieros que sirven de base para su penetración en el continente. En realidad, Hong Kong y Taiwan han venido a ocupar en el exitoso esquema desarrollista chino el papel reservado a las clases capitalistas en una economía de mercado convencional, prestándose nada desinteresadamente a completar una verdadera cuadratura del círculo: *el capitalismo sin clase capitalista*. Se da, por tanto, la paradoja de que la nueva y genuina clase capitalista china procede en realidad de los territorios irredentos, cuya incorporación a la República Popular constituye tradicionalmente uno de los ejes fundamentales de la política exterior de Pekín.

Esta situación dibuja indudablemente un cuadro presidido por la esquizofrenia, en el que la en ocasiones encendida retórica oficial que exige la recuperación de los territorios “arrebatados por el imperialismo”, se superpone a un esquema de fecunda colaboración económica. Sin embargo, la contradicción es más aparente que real. Por lo que se refiere a Hong Kong, China ha reiterado una y otra vez el compromiso asumido en su día por el acuerdo conjunto sino-británico de 1984, para mantener el sistema capitalista en el territorio al menos hasta el año 2047¹³, y no hay razón alguna para creer que vaya a incumplir algo que perjudicaría considerablemente sus intereses económicos. En cuanto a Taiwan, la aproximación entre las dos orillas del estrecho –más allá de las amenazas litúrgicas proferidas periódicamente por Pekín– ha alcanzado unos niveles insospechados¹⁴.

Sería absurdo buscar de nuevo una interpretación filantrópica a esta política de aproximación. Por el contrario, la estrategia de Pekín parece responder más bien a la convicción –por supuesto no explícita– de que la

eventual integración formal de ambos territorios, conservando al mismo tiempo un alto grado de autonomía política (aunque en el caso de Taiwan esto no pasa de ser, por el momento, un lejano desiderátum), permitiría conciliar el fomento del desarrollo económico con la interdicción de una clase capitalista autóctona, preservando simultáneamente el monopolio del poder del PCCh. Este objetivo se perfeccionaría únicamente por medio del establecimiento de una alianza tácita con los sectores capitalistas de Hong Kong y Taiwan, por la que a cambio de la posibilidad de asumir el rol de motor financiero de la economía de la República Popular, y del mantenimiento del sistema capitalista en ambos territorios, el PCCh pudiese asegurarse la renuncia de la nueva “clase capitalista” a intervenir en la vida política del continente, que continuaría sometido al control del partido. En realidad, como ya se ha apuntado, la connivencia entre la aristocracia financiera de Hong Kong y el PCCh no es algo nuevo y, durante la última década, se ha puesto de manifiesto en multitud de ocasiones¹⁵. Es un error, por tanto, confundir la contundente reacción china a los proyectos de democratización de Hong Kong con una actitud hostil hacia la colonia, que probablemente responde mejor al afán del PCCh –perfectamente coherente con una lógica autoritaria– por imponer el diseño de una estructura política lo menos representativa posible, que facilite el control de la colonia cuando en 1997 se produzca el retorno de Hong Kong a la soberanía china.

En realidad, una vez resuelto el problema formal –e irrenunciable desde la óptica nacionalista del PCCh– de la integración en la República Popular, el eventual aislamiento político (y geográfico) de ambos territorios –la autonomía en el caso de Hong Kong, la independencia *de facto* en el caso de Taiwan– permitiría a China no sólo seguir contando con las fuentes de capital imprescindible para su desarrollo, sino que establecería además un higiénico aislamiento, impidiendo el contagio político del continente. De hecho, éste es el mismo esquema que ha presidido el desarrollo de las Zonas Económicas Especiales, que han llegado a ser físicamente aisladas del resto del país –en algunos casos por medio de verjas y alambradas, con rigurosos controles de entrada, infranqueables sin el correspondiente salvoconducto– para evitar el eventual contagio.

Obviamente, no es posible predecir cuál va a ser el desarrollo de los acontecimientos en China en el futuro más inmediato, tan dependientes por otra parte del inapelable determinismo biológico; sin embargo, cualquiera que sea la evolución futura del régimen, parece claro que la estabilidad pasa necesariamente por el mantenimiento del monopolio del poder del partido. No creo que sea aventurado afirmar que, en el futuro, todo es susceptible de reforma, excepto aquello que pueda poner en peligro la vigencia de este principio. Así, es razonable suponer que la economía china continúe su evolución hasta articularse en torno a esquemas quasi homologables a una economía de mercado convencional, pero eso siempre que sean salvaguardadas estas dos condiciones: el mantenimiento del monopolio del poder en manos del PCCh y la

proscripción de una clase capitalista autóctona. Esta hipótesis plantea, sin embargo, riesgos importantes. En otros países asiáticos (como Corea del Sur y Taiwan) ha sido posible superar el autoritarismo político gracias a la presencia de una nueva burguesía surgida del espectacular desarrollo económico, que ha sido capaz de impulsar y, lo que es más importante, asumir la dirección de la transición política. Por el contrario, el empeño del PCCh por impedir la aparición de esta burguesía capitalista en el tejido social de la República Popular, representa un enorme riesgo de desestabilización frente a la eventualidad –no desdeñable– de un colapso del régimen que, ante la ausencia de un elemento capaz de reemplazar el papel director del PCCh, podría precipitar a China hacia un escenario de caos y descomposición territorial de dimensiones dramáticas.

Notas

¹ La primera denuncia lúcida y rigurosa de los desmanes ocurridos durante la Revolución Cultural corresponde con toda probabilidad al prestigioso sinólogo francés, Simón Leys. A pesar de los violentos ataques de que fue objeto desde amplios sectores de la izquierda, deslumbrados por el modelo maoísta, la publicación en 1971 de *Les habits neufs du President Mao* (París, Editions Gerard Lebovici, 1987) ponía fin al mito de la “verdadera” revolución proletaria, destruyendo la visión seráfica de la Revolución Cultural que la propaganda maoísta había logrado imponer en Occidente. Con un rigor incontestable, Leys presenta una crónica día a día de la Revolución Cultural desde su inicio en febrero de 1966 hasta octubre de 1969.

² Una de las más virulentas polémicas entre Deng Xiaoping y Hua Guofeng se produce precisamente a propósito del carácter inmutable del pensamiento de Mao. Frente a la tesis inmovilista de Hua, conocida como “los dos todos” (apoyar categóricamente todas las decisiones políticas del presidente Mao y cumplir sin dudar todas sus instrucciones), Deng defiende durante la XI Asamblea del partido la necesidad de considerar el pensamiento de Mao como un corpus abierto, susceptible de interpretaciones y de rectificaciones: “No podemos aplicar mecánicamente lo que el camarada Mao dijo respecto de una cuestión determinada a otra distinta; lo que dijo en un momento determinado a otro momento distinto; lo que dijo en unas determinadas circunstancias a otras circunstancias distintas...”. *Selected works of Deng Xiaoping (1975-1982)*, Pekín, Foreign Languages Press, 1984, pág. 51.

³ Por si quedase alguna duda sobre su verdadero significado, es conveniente recordar el momento en que fueron enunciados por primera vez: el 30 de marzo de 1979, al día siguiente de la detención de Wei Jinsheng, el principal activista del llamado Muro de la Democracia; aquel movimiento protodemocrático, que después de haber sido alentado por Deng para socavar la debilitada posición de Hua Guofeng, fue inesperadamente reprimido a los pocos meses del golpe de mano que le llevaría al poder. (Wei Jinsheng ha sido liberado recientemente en el marco de la campaña para conseguir la nominación de Pekín como sede de los Juegos Olímpicos del año 2000.)

⁴ Así, en una intervención ante el Congreso de Sindicatos celebrado el 11 de octubre de 1978, Deng Xiaoping afirmó que “los cuatro principios son una gran revolución que permitirá superar el retraso económico y tecnológico de China, y de esta manera consolidar plenamente la dictadura del proletariado. *Selected works of Deng Xiaoping (1975-1982)*. Op. cit. pág. 146.

⁵ En su discurso pronunciado con ocasión de la II sesión plenaria del XII Comité Central celebrado en 1983, el propio Deng afirmaba que “alguna gente predica la democracia en

abstracto, defendiendo incluso la libertad de expresión para los puntos de vista contrarrevolucionarios. Contraponen la democracia al liderazgo del PCCh... Aún hoy hay camaradas que dudan de la necesidad de defender los cuatro principios". *Fundamental issues in present day China*, Pekín, Foreign Language Press, 1987, pág. 32).

⁶ A este respecto parece interesante señalar que la principal reforma en el terreno político –y probablemente la única de cierta relevancia– surgida de un foro tan “reformista” como el XIII Congreso, no fue más que la separación de los cargos de primer ministro y secretario general del PCCh.

⁷ Los últimos datos señalan, sin embargo, que durante el primer semestre de 1993 la inflación ha alcanzado de nuevo los dos dígitos por primera vez desde 1989. (*Far Eastern Economic Review*, 2 de septiembre de 1993, pág. 40).

⁸ Existe una anécdota especialmente reveladora que pone de manifiesto el error de marcar la divisoria entre conservadurismo y reformismo económico en los acontecimientos de Tíannamen. Cuando a finales de los setenta se decidió la creación de las Zonas Económicas Especiales, Shanghai –principal emporio comercial e industrial del país– fue expresamente excluida por indicación de Chen Yun, economista nonagenario, y uno de los principales candidatos a sustituir a Deng, quien, al parecer, logró paralizar el proyecto invocando los riesgos de contagio capitalista en la antigua “ciudad sin noche”. Paradójicamente, diez años después, ha sido la facción encabezada por Chen Yun, la que ha abierto las puertas a la Zona Económica Especial de Pudong en Shanghai, llamada a ser dentro de pocos años uno de los principales centros comerciales y financieros de Asia.

⁹ “China sees market-leninism as way to future”, Nicholas D. Kristof. *The New York Times*, 6 de septiembre de 1993.

¹⁰ Las ventajas ofrecidas a los inversores extranjeros por oposición a los locales abarcan desde la exención de cargas fiscales a la reciente autorización para adquirir empresas estatales (hasta ahora, la inversión extranjera debía ceñirse al esquema de *joint-ventures*, asociada necesariamente a una empresas estatal). En ambos casos se pone de manifiesto la discriminación activa a la que están sometidos los potenciales inversores locales.

¹¹ De acuerdo con estimaciones fiables, la evasión de capitales en 1991 pudo alcanzar los 28.000 millones de dólares, cantidad que se habría visto ampliamente superada en 1992. (“Palace moves”, Tai Ming Cheung, *Far Eastern Economic Review*, 2 de septiembre de 1993).

¹² De este porcentaje, el 65 por cien corresponde a Hong Kong, mientras que el resto se atribuye principalmente a Taiwán. (*The China-Hong Kong connection*, Yun-Wing Sung, Cambridge University Press, 1991). Actualmente, la inversión acumulada de estos territorios en China supera a la de EE UU y Japón, que ocupan respectivamente los lugares tercero y cuarto. (“Think twice”, M. Sander y J. Friedland. *Far Eastern Economic Review*, 9 de septiembre de 1993).

¹³ Dirigentes como Li Peng y Jiang Zemin han reiterado este mismo año el compromiso de China de cumplir con los términos acordados en la “Declaración conjunta”.

¹⁴ Además de la mencionada presencia financiera de Taipeí en el continente, el diálogo entre el PCCh y el Komintang es bastante fluido (el anatema se dirige ya únicamente contra los independentistas), y en su afán por conseguir que Taipeí acepte la reunificación, la República Popular China ha llegado a garantizar no ya el mantenimiento de un Gobierno independiente de facto, sino incluso el de un ejército propio. (“Hong Kong's future: Sino British negotiations, perceptions, organizations and political culture”, Michael Yahuda, *International Affairs*, vol. 69, núm. 2, abril 1993, pág. 248).

¹⁵ Entre los escasos privilegiados que han tenido la oportunidad de entrevistarse con Deng Xiao-ping desde que hace unos años decidiese su voluntario apartamiento de la vida política (apenas dos o tres personalidades al año de la categoría de Henry Kissinger) son mayoría algunos de los grandes *tycoons* (capitalistas) de Hong Kong, gracias a cuyas filtraciones –siempre interesadas por Pekín– es posible conocer el pensamiento de Deng

además de constatar su propia supervivencia. Por otra parte, algunos de estos grandes financieros –como Stanley Ho, durante años considerado el verdadero dueño de Macao– no se han recatado jamás en expresar su confianza en el futuro de la colonia, una vez haya pasado a soberanía china, en un esfuerzo por mantener la esencial confianza de los sectores de la población de Hong Kong más refractarios hacia China.